

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL OBISPADO DE OSMA.

Se publica en días indeterminados, en medio, uno ó mas pliegos. Cada tres de estos cuestan dos reales. Toda reclamacion se dirigirá: *Al Director del BOLETIN ECLESIASTICO del Obispado de Osma.*

NOS EL DR. D. PEDRO MARIA LAGÜERA Y MENEZO, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE OSMA, ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO. DE LA ACADEMIA ROMANA DE LA RELIGION CATÓLICA ETC.

A TODOS NUESTROS AMADOS DIOCESANOS SALUD Y BENDICION.

Hoc autem scito, quod in novissimis diebus instabunt tempora periculosa. S. Paul. 2.^a ad Timoth. cap. 3.

Mas has de saber que en los últimos dias vendrán tiempos peligrosos. S. Pablo en el capítulo 3.^o de su segunda Carta á Timoteo.

Cuando casi por obediencia, y con la extrema repugnancia que muchos saben, inspirada naturalmente por Nuestra pequeñez y la magnitud del cargo episcopal, siempre en alto grado espinoso y rodeado de amarguras, Nos decidimos á aceptar la Silla de S. Pedro de Osma, para la cual habiamos sido presentado por inescrutables juicios de Dios, y sin mérito alguno de Nuestra parte, descargaba sobre la Iglesia junto á su mismo centro, y muchos años hacia, una de las más deshechas tempestades, que con más ó menos furor la han combatido en todos los siglos en unos ú otros países, y la combatirán hasta la conclusion del mundo.

En nuestra España entonces se dejaba ademas sentir aun con fuer-

za la tormenta que desde pasadas edades ha afligido hasta hoy, con no largos intervalos, á esta porcion de la grey del Señor, y á la que tantos desastres ha causado, sobre todo en los últimos tiempos; y así, considerando ambos hechos, Nos propusimos desde luego y para cuando, si Dios fuese servido, llegara el caso de ejercer Nuestro trabajosísimo ministerio, dirigiros cartas y exhortaciones pastorales con mas frecuencia que la que en otras circunstancias más favorables Nos hubiera parecido necesaria, á fin de preservar, en cuanto fuese posible, á Nuestra Diócesis de los gravísimos males que en mayor número habia sembrado en otras ménos afortunadas el espíritu del error, y el de rebelion contra la verdad, difundido en otras naciones y propagado á la nuestra por los protervos enemigos de la santísima doctrina de Jesucristo, los cuales son por esto mismo enemigos de la felicidad del hombre, eterna y temporal.

Con el expresado designio vinimos á dar principio á Nuestros trabajos; pero á medida que ibamos entrando en ellos, y enterándonos de las cosas que Nos incumbian, conocimos que no podríamos realizarle hasta que se disminuyese en gran parte la multitud de otras atenciones extraordinarias y urgentísimas, que, prescindiendo del gran cúmulo de negocios ordinarios, reclamaban con preferencia Nuestros desvelos con tanto mayor motivo, cuanto que así lo exigía, no sólo la naturaleza de los asuntos, nuevos muchos y que se sucedian unos á otros, por efecto de tantos trastornos como han sobrevenido á la Nacion, sino tambien el estado en que estaban, y aun estan no pocos, á consecuencia de una larga vacante de la Silla por espacio de diez y siete años, y de los cortos pontificados de Nuestros dos últimos predecesores de grata memoria, los cuales á pesar de su celo y actividad, ni tuvieron tiempo para despacharlos, ni por otra parte habia llegado para ello, respecto de muchos, la oportuna ocasion. Sin embargo, aun en medio de tantas y tan gravísimas ocupaciones, ordinarias y extraordinarias de todos género, no hemos dejado de realizar en parte Nuestro referido propósito, segun se han presentado las circunstancias; y además, para suplir á su cumplimiento por entero, hemos atendido con todo empeño de otras mil maneras, y respecto de esto tambien, á las generales necesidades espirituales de toda la Diócesis, y á las especiales de no pocas localidades de la misma.

Fuera de lo que va dicho, no Nos parece inoportuno manifestar que felizmente no cundian por este país las malas doctrinas que por otras regiones, y que, si bien no libre del todo de los venenosos miasmas del error, exhalados en algunos pueblos por varios escritos perniciosos, periódicos sobre todo, y por algunos hombres

pervertidos dentro y fuera con las malas compañías, y con la lectura de lo que halaga á las malas pasiones, hemos procurado neutralizarlos, y aun destruirlos, en cuanto ha estado de Nuestra parte, tomando al efecto las medidas indicadas, las cuales Nos han dado gracias á Dios, muy satisfactorios resultados. Pero, si antes eran escasos los escritos perversos que se difundian por este país, hoy y desde hace muchos meses, se esparcen por él lo mismo que por toda la Nación, de una manera nunca vista, y en número tan grande, y con tal empeño de generalizarlos, que no habrá tal vez pueblo, por pequeño que sea, á donde no llegue alguno de esos productos de los hijos de la mentira, los cuales envueltos en las tinieblas de sus excesos, y amándolas mas que la luz ofrecida por Dios, la que rechazan y desprecian, hallan en este proceder la causa de su justa condenacion (1) Por eso puede decirse, con mucha razon por desgracia que aun á este país, ordinariamente no infestado con escritos malos, han llegado ya de lleno aquellos tiempos peligrosos de que nos habla S. Pablo en su segunda carta á Timoteo: aquellos tiempos funestos en que la Iglesia seria angustiada con persecuciones, herejías y hechos escandalosos: aquellos tiempos en que, siguiendo hablando el mismo santo Apóstol, y expresando la causa de calificarlos de la referida manera, dice que *habrá hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, malvados, sin caridad, sin paz, calumniadores, incontinentes, crueles, sin benignidad, traidores, protervos, orgullosos y amadores de placeres mas que de Dios: teniendo apariencia de piedad, pero negando la virtud de ella.*

Sí, amados diocesanos: de todas estas variedades de vicios, cuyo hábito pestilente producido fuera hiende los aires para venir á matar las almas en este Obispado, y se produce tambien en varios pueblos de él ¡oh desgracia! en mayor ó menor cantidad: de todas estas variedades de vicios proceden las doctrinas anticristianas y antiscaciales, que pululan en tantos perniciosos escritos como esparcen presurosos, ya los extráneros que tienen por objeto obtener, en su exclusivo beneficio, todo el provecho posible de nuestra pobre patria, y en daño de la misma, favorecidos por las revueltas que há tantos años menudean en ella, y en especial por el presente estado de las cosas públicas, y ya, lo cual es mas doloroso todavia, por muchos olcecados compatriotas nuestros, que debiendo considerarlos como enemigos de nuestra dicha, les segundan en sus inicuos intentos,

(1) Evangelio segun S. Juan capítulo 19. (1) Carta 2.ª de S. Pedro.

en vez de contrarestarlos, y les ayudan y apadrinan en sus perversas obras, en lugar de hacer por desbaratarlas. Así es que se ve difundirse por todas partes libros perversos de todo género, y mas que libros, folletos, ojas sueltas y periódicos en número desconocido, y donde se contienen las mayores impiedades, las mas atroces blasfemias, toda clase de herejías, y todo linaje de groseros insultos y descaradas calumnias contra personas y cosas eclesiasticas, todo con el diabólico designio de arrancar del corazón de los cristianos hasta el último sentimiento de religion, la cual á la vez que nos conduce al puerto de la salvacion eterna por entre los escollos del borrascoso piélago de esta triste vida, es el bálsamo eficaz que suaviza las miserias del tiempo, y sin el que el hombre no puede tener otro remedio que el espantoso de la mas horrible desesperacion, en los infortunios que le acontezcan.

Hijas por lo comun de esas variedades de vicios la irreligion y la pedantería, se dan las manos para contribuir de consuno á causar los terribles estragos, que hacen las malas doctrinas en el ánimo y en el corazón de muchas personas, particularmente de aquellas que carecen de la instruccion, bastante para rebatir los tiros del error, ó que no estan bien cubiertas con el escudo de una sólida fe, en el cual se emboten los dardos que aquel les lance. La irreligion pugna por formar cómplices y compañeros en sus maldades, haciendo cuanto puede para que desaparezca todo freno que contenga los ímpetus de las pasiones desbordadas, y para que se quite todo obstáculo que se oponga á que cunda la corrupcion en que ella se revuelve inmunda, de la que son esclavos sus secuaces, y en la cual perecerán blasfemando de lo que ignoran, siguiendo como los irracionales los movimientos de la carne, y no buscando en todo sino cómo satisfacer su sensualidad (1), que es lo que la Religion condena. La pedantería, sin haber divisado siquiera el inmenso campo del saber, del cual solo puede recorrer una pequenísima parte el hombre de mas talento y de mas vida, se muestra muchas veces con toda la audacia que presta la ignorancia á los que se creen en el pináculo de las ciencias, ó muy cerca, sin mas instruccion en ellas que una ligera noticia de sus principios, ó tal vez sin ninguna; y dándose á enseñar lo que no sabe, y á escribir sobre lo que no entiende, lo que es muy comun en los actuales tiempos, y viene siéndolo desde muy atrás, sirve á la irreligion, aun sin quererlo, de poderoso auxiliar muchas veces, haciéndose no pocas irreligiosa ella misma; pues cuando se han enseñado er-

(1) Carta 2.^a de S. Pedro, capítulo 2.^o vers. 12, y 19.

rores, aunque haya sido por efecto de pura ignorancia, mas bien que de malicia, se ve, en personas sobre todo que carecen de humildad cristiana, y no quieren confesar todo lo pobre y limitado del entendimiento humano, que es difícil la retractación, la cual, si no fuere impedida por el orgullo, y por la presuntuosa petulancia, evitaria ulteriores extravíos, y que un abismo llamase á otro abismo. La irreligion, pues, marchando desbocada á sumergirse en el fango de los vicios, y la pedantería exhibiéndose con la arrogancia que la conduce por último á ser cómplice de aquella, si se abandona á sí misma, son las llagas sociales que crían ese pus venenoso de los escritos pestilentes, y que juntas en una misma persona, como lo estan de ordinario, aumentan la malignidad de los mismos.

Pero poco os importa, amados hijos, el saber de qué principios proceden tantas malas doctrinas, como hoy se difunden con una actividad que desconsuela y espanta, pues, si bien no puede seros indiferente la noticia de los medios de que para ello se valen los herejes y los impíos, lo que os interesa sobre manera es cerrar vuestros oídos á las sugerencias de la perversidad, y apartar vuestras manos para no tocar siquiera semejantes escritos; cuidando además con el celo mas exquisito, como debéis hacerlo, de que no penetren en vuestras familias, llevando al interior de vuestras casas el desasosiego y la perturbación. Comprended cual es vuestra propia conveniencia, y persuadíos de que estas precauciones y esta vigilancia á nadie interesan tanto como á vosotros mismos, que tendréis que sufrir en otro caso los terribles efectos de vuestra imprevisión y de vuestra incuria, y gustar los amargos frutos de vuestra indolencia; por mas que os repugnen y causen hastío, porque la malicia que contienen esos escritos habrá ya recorrido todos los ángulos de vuestras moradas, contaminando la atmósfera de vuestras habitaciones, é infiltrándose en todo lo que os rodee, si con tiempo no os adelantáis á prevenir el mal, obrando al tenor de Nuestros paternales avisos, y oyendo benévolos, y con eficaz resolución de aprovecharlas, Nuestras desinteresadas palabras. No leáis, pues, ni permitáis que se introduzca indistintamente en vuestras casas cualquier escrito, que se os presente, porque si los hay que ya desde su portada, ó su primera página, muestran su asquerosa deformidad, y por eso todo hombre de corazón no depravado, tan léjos de poder ser sorprendido, tiene así un fácil medio de evitar el precipicio, rechazando con desprecio el móvil que á él le impulsa, sin mas que mirar para verle hay otros escritos, cuyos títulos son indiferentes ó buenos, y hasta tomados de obras de Santos, no obstante que el contenido sea inmoral y perverso; obrando de esta manera sus autores para no retraer al lector, de

quien se burlan con tan indigna superchería, á la vez que se valen de ella para inocularle el veneno sin excitar sospechas; y hay otros tambien, que, llevando títulos indiferentes ó buenos, y para mejor prender al incauto que lee sin apercibirse del lazo que se le tiende, contienen buena y sana doctrina, pero derramando á trechos ponzoña con que se gangrena el corazón sin sentirlo ni conocerlo.

De estas malas artes, de que usan hoy los impíos y los herejes, usaban tambien los heterodoxos en tiempo de S. Gregorio Magno, el cual dice de ellos (1), sin excluir á los herejes de los siglos anteriores, que *mezclaban lo recto con lo perverso, diciendo cosas buenas para atraer á sí á los oyentes, y presentando cosas malas para corromperlos con la podre oculta*. Esta páfida astucia ha sido empleada en todos tiempos por los enemigos de la Iglesia, como se ve recorriendo la Historia, y no hay que extrañarlo pues, segun el mismo Santo Padre (2), *es propio de los herejes juntar lo bueno con lo malo para engañar facilmente á los oyentes; porque si siempre digeran cosas malas, no persuadirian lo que proponen, puesto que serian conocidos en su maldad*.

Se ve, pues, cuanta cautela se necesita para no ser presa de la impiedad y de la herejía, hoy sobre todo, que tan propicias circunstancias se les ofrecen para propagar entre nosotros su virus maligno, y con él las desgracias y miserias que son sus constantes compañeras. Si no hay toda la prudencia que se requiere para librarse del peligro, tomando al efecto en caso de duda el oportuno consejo de quien pueda darle, para saber qué libros ó escritos pueden leerse sin daño, la perdicion es por punto general inminente, porque así como la buena lectura es un medio para adquirir las virtudes, así la mala arroja al hombre en el lago de los crímenes y de los vicios. ¡Ay de la casa, amados hijos, donde entre la peste del error y de la inmoralidad que siempre le acompaña! Bien puede asegurarse que allí ya no habrá paz, y que la dicha y la alegría habrán desaparecido de entre sus habitantes, pues el error y la inmoralidad estraga á la familia. A las costumbres suaves y santas sucederán indefectiblemente otras ásperas y perversas: al carácter apacible y noble otro sobervio y soez: al cariño y á la justa obediencia el despego y la rebeldía: al trabajo y á la ocupacion la holgazanería y la ociosidad. ¿Veíamos una joven modesta y recatada, y que preferia la muerte á dar el mas ligero disgusto á su madre? Pues poned en sus manos una novela en que se ridiculice al pudor,

(1) Libro 5.º capitulo 11. de los Morales.

(2) En el lugar citado

y se disculpe á la desenvoltura, ó en que se lleven á la fantasia imágenes que manchen el corazón, y con esto solo la vereis ya dispuesta á burlarse de los consejos de la que la llevó en su seno transformada en una hija irrespetuosa, y acaso acaso convertida en un ser repugnante. ¿Conocíamos á un joven que por sus modales, por su aplicación, y sus bellos sentimientos, era el embeleso de sus padres, la esperanza de sus hermanos y el espejo de los demás? Pues que llegue á él un escrito que ataque á las creencias y prácticas religiosas, que se mofe de los Sacramentos, que elogie el duelo y el suicidio, ó que de cualquier otro modo combata á la Religión, y sin mas que esto podréis tener ya á ese joven, ó por completamente perdido, ó como adelantado en el camino de la perdición, si Dios no le preserva de ella con su gracia que nunca falta, si bien se hace inútil cuando resiste el pecador.

Considerando lo que precede dirigimos Nuestra voz pastoral particularmente á los padres de familia, exhortándoles con encarecimiento una y otra vez, á que vigilen con diligencia sobre sus hijos para saber los libros que manejan y los escritos que leen, á fin de arrancarles de las manos, sin contemplacion de ninguna especie, aquellos que puedan inducirlos al error, y hundirlos en una sima de vicios, atrayendo sobre sí las desgracias que no hemos hecho mas que indicar. No duerman tranquilas las madres porque les conste que sus hijas no han comprado ninguna novela de las infames que en tan gran número hay escritas, ni emplean el dinero en otros papeles que puedan pervertirlas y corromperlas. Examinen cuidadosamente las condiciones de las personas que las acompañan, porque estas podrán prestarles libros y escritos malos para que los lean á horas intempestivas, ó en sitios donde no suelen entrar los padres.

Pero lo que hoy es para hijos y padres mas peligroso, por ser mas comun y circular diariamente por todas partes, es el papel periódico, el cual está haciendo destrozos en los principios religiosos de muchas personas, que sin criterio alguno acogen cuanto leen, por absurdo, disparatado, impío é inmundo que sea, con tal que lo vean escrito en letras de molde, y convenga con sus viciadas inclinaciones, con su fanatismo, ó con su modo de ver las cosas. Hay sí en la prensa periódica muchos y excelentes escritores, eclesiásticos y seculares, que, á fuer de buenos, emplean sus talentos y gastan su vida en defender con todas sus fuerzas, que son grandes, la Religión y la Pátria de los ataques de todos sus enemigos; y á esos escritores deben estarles, y lo estan seguramente, muy agradecidas la Iglesia y la sociedad civil. y Nos les enviamos desde

aquí. Nuestro parabien afectuoso. Pero hay otros, y no pocos, que según se expresa con propiedad un autor contemporáneo, «tienen la conciencia en el tintero, y venden la tinta á quien mas la paga.» Así es que cuando los enemigos del Catolicismo se acercan á las redacciones de los periódicos de esos hombres, ya saben que allí se vende, y por poco dinero, el artículo, ó *la gacetilla* que envuelve la herejía, la blasfemia, la desvergüenza, el insulto, la calumnia, todo, en fin, lo que puede perjudicar á la Iglesia, y á sus ministros, pervertir el entendimiento de los incautos y depravar sus corazones, y convertir en odio á la Religion el cariño que la profesan los españoles buenos, que de suyo lo son todos generalmente.

Como los católicos no compran tales gaceteros, ni van siquiera á las tiendas donde se ponen en venta, los herejes que acuden de lejanas tierras al olor de tanta impiedad, y de tanto licencioso desorden, hacen su negocio con el pequeño sacrificio de unas cuantas monedas, de las que pronto se reintegran con usura, y por boca de semejantes desgraciados vomitan, con inmenso daño de nuestra Nacion, y juntamente con ellos, el veneno que unos y otros tienen siempre preparado en su pecho contra toda institucion católica. Que existen tan punibles y vergonzosos contratos, más ó menos expresos, con los tales periodistas, y eso que son españoles, si es que pueden con razon llamarse así, lo atestigua la persuasion de todo aquel que observa cuidadosamente el sucederse de los acontecimientos públicos, lo prueba el desenfreno constante y por sistema, de unos papeles que en otro caso no podrian subsistir los mas de ellos, ó casi todos, y lo confirman las cuentas que á las veces publican ciertas empresas ó sociedades extranjeras.

Mas, si bien es cierto, que esta compra-venta no aumenta la eficacia del tósigo de los que en ella se ocupan, todo hombre honrado debe temblar de espanto, considerando que si cae en sus manos, ó en otras semejantes, puede perderse para el cielo; y mejor todavía debe temer al pensar que pueden perderse mas fácilmente sus no precavidos hijos, como lo comprueban tristísimos ejemplos. Estad, pues, alerta amados diocesanos. Ah! Si conocierais bien los méritos y las cualidades de esos corruptores que se han constituido vuestros maestros, dándose á escribir sin haber estudiado; que con la modestia del que se alaba á sí propio, á semejanza de los antiguos herejes gnósticos, se llaman á sí mismos ilustrados, á la vez que dan por ciencia todo linaje de disparates, mil veces pulverizados, y palmotean gozosos al caer los bellos monumentos artísticos, que levantaron nuestros padres, y ellos destruyen; que estropeando la lengua española, como acostumbran, y teniéndose por más sábios que todos los demás hombres, como lo hacen

los perversos, según asevera (1) el santo Padre ya citado, llaman *oscurantistas* á los que combaten las necesidades que no han tenido siquiera el talento de inventar ellos, que solo son corredores abyectos de la sarta de errores venidos de afuera, bajos encomiadores de todo lo extranjero, y con frecuencia ruines depredadores hasta de lo más grande que la patria ha producido, admirando al mundo: si conocierais bien, decimos, ¡oh amados hijos! á esos corruptores que os seducen, y los móviles que á ello les impulsan, y les inducen á daros lecciones que se oponen á vuestra felicidad sin vosotros conocerlo, arrojariais de vuestras manos, indignados, el folleto ó el papel que os envían, y coadyuvariais todo lo que pudierais á que desaparecieran de nuestro suelo tan pestíferos escritos.

Pues bien: si vosotros no estáis todos en situación de poder conocer la malicia que contienen los escritos que os ofrecen esos vuestros seductores, que son vuestros enemigos encubiertos, y el daño, tal vez irreparable, que os causan, podeis si pensar un poco, y hacer os vosotros mismos esta reflexion: «nuestro Prelado es el mejor amigo que pudieramos encontrar; es nuestro padre, y nuestro padre no nos ha de decir nada que no sea bueno para nosotros: hagamos pues lo que nos dice nuestro Prelado, que en nuestro interés está más bien que en el suyo: dejémonos guiar por él con entera confianza en el cariño, que por carácter y por deber nos tiene, y acertaremos en nuestras resoluciones, y no nos exponemos en otro caso á gravísimos males, que ya serán inevitables cuando queramos acordar, si es que algun dia conocemos la necesidad de remediarlos.»

Esta reflexion os servirá para entrar en vosotros mismos, y deteneros al borde del abismo que tienen oculto á vuestra vista esos rebuscadores de todas las impiedades, de todas las herejias, de todos los absurdos y de todos los vicios de todos tiempos; que sacan á plaza todo eso nuevamente, presentándolo bajo los mismos aspectos que en otros siglos lo presentaron otros sectarios, ó bajo de otros distintos, y siempre con el designio de destruir, en su material provecho, vuestra fe y vuestras costumbres, y reduciros á la más vil servidumbre, á la que conduce precisamente la falta de Religion; que se burian de vosotros dando á las cosas un nombre contrario al que tienen, llamando libertad á la tiranía que ejercen con los que no son de los suyos y al libertinaje que ellos practican, felicidad á las mayores calamidades, moralidad á las más atroces injusticias, adelantos á los crímenes, civilizacion á la barbarie y paz á la desolacion que ellos causan, como diria hasta el gentil Cornelio Tácito. Ellos son propia-

(1) Libro 1.º capítulo 24 de los Morales.

mente ateos prácticos, y como tales quisieran desterrar de sus perversos entendimientos la idea de un Dios justiciero que de continuo atormenta á sus depravados corazones, y apartar lejos de sí la imágen del eterno castigo que aguarda á sus iniquidades; y como la Religion les recuerda estas grandes, y para ellos amarguísimas verdades, que no les dejan reposar tranquilos en su mal obrar, se revuelven contra ella, impotentes sí, pero con furiosa rabia, la persiguen desalados, con hechos, con peroratas y con escritos, y arrostran varios, por el insaciable deseo de hacerla cuanto daño pueden, hasta el ridículo con que aparecen ante las gentes, queriendo hacer muchas veces de graciosos, no siendo á natura mas que payasos.

Ved ahí por qué esos desdichados acogen con júbilo toda suerte de errores, y apadrinan alborozados á toda secta, á la vez que se encruelecen contra la Iglesia Católica, encolerizándose contra los preceptos y consejos evangélicos, procurando destruir los institutos religiosos hasta no dejar vestigio de ellos, si pudiera ser, ansiando acabar con todos los establecimientos, donde se enseñen las ciencias sagradas, con todas las demás escuelas católicas, y con todos los lugares santos, donde se da á Dios el culto que le pertenece. Ved ahí por qué se perecen por borrar de la mente del hombre todo sentimiento de virtudes cristianas, y de su corazón todo afecto de amor divino; y por qué ultrajan á los Sacerdotes á los Obispos, á los miembros del Sacro Colegio de Cardenales, y al mismo Sumo Pontífice; á toda la Iglesia en todos sus hijos seculares juntamente con sus ministros y Pastores, dando así todos los dias evidentes pruebas de que no pueden sufrir sin irritarse, nada que se refiera á la Religion, y de que á sabiendas, por consiguiente, quieren llevar á las sociedades civiles á una salvajez feroz, haciendo del género humano catervas de fieras, pues que no serian otra cosa las sociedades de hombres que vivieran sin Religion, si es que pudieran darse semejantes sociedades, que aun los paganos mismos tuvieron por imposibles.

Efectivamente: todas las leyes humanas que se pudiera imaginar, no serian bastantes para contener al hombre en sus deberes; y siendo esto así, como lo es: si las pasiones del hombre no tuvieran otro freno que el mandato de otros hombres, aun apoyado por la fuerza física de que pudieran disponer para hacerle cumplir: si esas leyes se eluden, en todo ó en parte, cuando se quiere, con tanta mayor facilidad cuanto mas alto sea el puesto social que ocupe el transgresor: si no le impone, en fin, al hombre para ser bueno, el castigo que en la otra vida les espera á los malos, ¿qué sociedad civil puede haber, á no ser una sociedad como la que acabamos de calificar:

una sociedad de fieras que lleve en si misma el principio de una inmediata disolucion, y cuya posibilidad no se concibe por lo mismo? Sin orden y justicia no puede haber sociedad. Y ¿qué orden ni qué justicia ha de haber donde falte el principio de la justicia que es la ley divina? ¿Qué justicia ha de administrar el Juez que carezca de Religion? ¿Qué es lo que contendrá en sus obligaciones para no atropellar al inocente, y detendrá para no perpetrar toda clase de delitos, al hombre constituido en autoridad, si le falta el temor de Dios que la Religion inspira?

Ya habeis podido comprender, amados diocesanos, con cuanta razon os hemos dicho antes que las malas doctrinas que propagan los perniciosos escritos, de que os hablamos, son antisociales al mismo tiempo que anticristianas. Sí: por antisociales las han tenido siempre, y las tienen, todos los filósofos, todos los políticos y todos los hombres que, no siendo tan malvados como los que las difunden, se páren á discurrir, aunque no sea mas que por un momento. Atendiendo, pues, vosotros á estas consideraciones, y no olvidando los gravísimos males que, segun acabais de ver, causan tan perversas doctrinas, no podréis menos de evitar por vuestro bien, toda comunicacion de palabra, ó por escrito, con los que las propagan. S. Cipriano nos enseña (1) que *no tengamos con los herejes ningun trato, ningun convite, ninguna conversacion, y que estemos tan separados de ellos como ellos estan prófugos de la Iglesia*; y al hablar de los herejes este Santo Padre no excluye á los impíos, sino que comprende á todo linaje de enemigos de la Iglesia, pues que, no impropriamente hablando, impíos son los herejes, y lo son tanto que S. Agustin (2), dice que *superan á los idólatras en impiedad*.

La Iglesia de Dios, cariñosa Madre que se desvela por la felicidad de sus hijos, siempre les ha prohibido la comunicacion con los sectarios, y con mayoría de razon nos prohíbe la lectura de los escritos perversos, porque estos pueden corromper á los que los leen con mas facilidad que la palabra hablada á los que la escuchan. Con mas facilidad sí; porque si la palabra que se disipa luego, cunde como el cancer, y produce en los oyentes un efecto duradero, dándoles una enseñanza que se trasmite despues aun á los que no la han oido, ¿qué daño no hará un libro, ú otro escrito malo, en que el lector mas ignorante puede detenerse á percibir bien lo que lee, sorbiendo cuanto veneno contiene? ¿No es el escrito malo un continuo medio de perversion que puede penetrar, aun venido

(1) Carta 55.

(2) En la exposicion de Isaias.

de léjos, en las casas donde el autor de él nunca quizás podrá tener entrada? Por eso S. Juan Crisóstomo llama á los libros malos *armas de los demonios*. (1). Obedeced, pues, á la Iglesia, amados hijos: no os mostréis rebeldes á sus suaves preceptos, leyendo lo que ella prohíbe leer, y tambien retener. Mirad que estos preceptos han sido impuestos unicamente para vuestro provecho espiritual y aun temporal. ¡Ay de vosotros mas allá del sepulcro, si por no querer cumplir dóciles estas disposiciones de tan dulce Madre, os veis arrojados de su gremio, que es la pena en que se incurre en el acto, fulminada contra los que las desobedecen, y os llega el último instante de vuestra vida sin arrepentiros, como puede muy bien suceder! Mejor os hubiera sido entonces no haber nacido. No olvidéis jamás aquel pasaje de S. Agustin que dice (2): *Aunque seas encendido vivo por el nombre de Cristo fuera de la Iglesia, serás castigado con suplicio eterno*. Acordaos de que S. Cipriano nos enseña (3) que «Fuera de la Iglesia no hay salvacion.»

Mas, aunque la Iglesia no prohibiese la lectura de escritos malos, la misma ley natural y el negocio de la salvacion, que es el único que exige toda nuestra solicitud, deben haceros concebir horror de ellos, porque son un manifiesto peligro de perversion y causa de los mayores males en el mundo; y porque comete gravísimos pecados el que los lee, retiene, compra ó vende. Procurad, pues, amados hijos, evitar el contagio de doctrinas contrarias á la enseñanza de la Iglesia; y cuando sepais que otros están en peligro de ser arrastrados al error por tener algun escrito malo, sea libro, folleto ó periódico, haced por recogerle á fin de enviarnosle, ó entregarle á vuestros Párrocos ó confesores. En ello le haréis un insigne favor á él y á la sociedad. No olvidéis estas amonestaciones, dictadas en beneficio vuestro por el deber y por el afecto que os profesamos. Como prueba de este os enviamos Nuestra bendicion en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en Nuestra villa de Burgo de Osma á 30 de Agosto de 1869.

Pedro María, OBISPO DE OSMA.

POR MANDADO DE S. S. I. Y RMA. EL OBISPO MI SEÑOR,

Amalio Palacio, Secretario.

NOTA. El primer dia festivo que ocurra despues de recibida esta Carta Pastoral, se leerá desde el púlpito, y con la debida entonacion, en Nuestras Iglesias Catedral y Colegial, y en todas las parroquiales matrices y filiales, al ofertorio de la Misa mayor, y de otras de gran concurrencia.

(1) En la exposicion de la Carta á los Romanos.

(2) Libro 2.º contra Cresconio. (3) Carta 73.